

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

NANCY FRASER

¿TRIPLE MOVIMIENTO?

Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi

EN MUCHOS ASPECTOS, la crisis actual se parece a la de la década de 1930, descrita por Karl Polanyi en *La gran transformación*¹. Ahora, como entonces, el incansable impulso para ampliar y liberalizar los mercados está causando estragos en todas partes, destruyendo los medios de vida de miles de millones de personas; deshaciendo familias, debilitando comunidades y rompiendo solidaridades; llenando de basura ecosistemas y explotando la naturaleza en todo el planeta. Ahora, como entonces, los intentos de mercantilizar la naturaleza, el trabajo y el dinero están desestabilizando la sociedad y la economía: véase, si no, las consecuencias destructivas del comercio desreglamentado en biotecnología, compensación de carbono y, por supuesto, derivados financieros; el impacto sobre el cuidado de niños, la enseñanza y la atención a ancianos. Ahora, como entonces, el resultado es una crisis de dimensiones múltiples: no solo económicas y financieras, sino también ecológicas y sociales.

Asimismo, nuestra crisis parece compartir una clara y profunda lógica estructural con la analizada por Polanyi. Ambas parecen radicar en una dinámica común, que él denominó «mercantilización ficticia». En ambas épocas, la nuestra y la suya, los fundamentalistas del libre mercado han intentado mercantilizar todas las condiciones previas necesarias para la producción de mercancías. Convirtiendo el trabajo,

¹ Una versión anterior de este artículo se pronunció en forma de «Conferencia Rosa Luxemburg» en Berlín el 22 de noviembre de 2012. Agradezco el apoyo de la Rosa Luxemburg Stiftung, la Einstein Stiftung (Berlín), el Forschungskolleg Humanwissenschaften (Bad Homburg) y el Centro de Estudios Avanzados Justitia Amplificata, Frankfurt. Gracias también a Blair Taylor por su ayuda en la investigación.

la naturaleza y el dinero en objetos a la venta en mercados «autorregulados», proponían considerar esas bases fundamentales de la producción y el intercambio como mercancías iguales que cualesquiera otras. De hecho, sin embargo, el proyecto era contradictorio en sí mismo. Como un tigre que se muerde la cola, el neoliberalismo amenaza ahora, al igual que antes su predecesor, con erosionar los soportes mismos de los que depende el capitalismo. El resultado en ambos casos era completamente predecible: completa desestabilización del sistema económico, por un lado, y de la naturaleza y la sociedad, por otro.

Dadas estas similitudes estructurales, no sorprende que muchos analistas de la actual crisis estén recuperando la obra magna de Polanyi, ni que muchos hablen de nuestro tiempo como una «segunda gran transformación», una «gran transformación recurrente»². No obstante, la actual coyuntura diverge de la de la década de 1930 en un aspecto crucial: a pesar de las similitudes estructurales, la respuesta política actual es asombrosamente distinta. En la primera mitad del siglo xx, los enfrentamientos sociales que rodearon la crisis formaron lo que Polanyi denominó un «movimiento doble». En su opinión, los partidos políticos y los movimientos sociales se coligaron a un lado o al otro de una línea divisoria simple. De un lado, se situaron las fuerzas políticas y los intereses comerciales que defendían la liberalización de los mercados y la ampliación de la mercantilización; del otro, un frente de amplia base e interclasista, que incluía obreros urbanos y terratenientes, socialistas y conservadores, que buscaba «proteger a la sociedad» de los estragos del mercado. Con la agudización de la crisis, además, los partidarios de la «protección social» ganaron la partida. En contextos tan divergentes como el Estados Unidos del *New Deal*, la Rusia estalinista, la Europa

² El número de interpretaciones de este tipo es enorme. Entre los ejemplos se encuentran: Michael Burawoy, «A Sociology for the Second Great Transformation?», *Annual Review of Sociology*, vol. 26, 2000, pp. 693-695; Michael Brie y Dieter Klein, «The Second Great Transformation», *International Critical Thought*, vol. 1, núm. 1, 2011, pp. 18-28; Giovanna Zincone y John Agnew, «The Second Great Transformation», *Space and Polity*, vol. 4, núm. 1, 2000, pp. 5-21; Edward Webster y Robert Lambert, «Markets against Society: Labour's Predicament in the Second Great Transformation», en Ann Dennis y Devorah Kalekin-Fishman (eds.), *The ISA Handbook in Contemporary Sociology*, Londres, 2009; Mitchell Bernard, «Ecology, Political Economy and the Counter-Movement», en Stephen Gill y James Mittelman (eds.), *Innovation and Transformation in International Studies*, Cambridge, 1997, pp. 75-89; Ronaldo Munck, «Globalization and Democracy: A New "Great Transformation"», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 581, 2002, pp. 10-21.

fascista y, más tarde, la socialdemocracia de posguerra, las clases políticas parecieron coincidir al menos en este punto: dejados a su libre albedrío, los mercados de trabajo, naturaleza y dinero «autorregulados» destruirían la sociedad. Para salvarla era necesaria la reglamentación política.

Hoy, sin embargo, no existe dicho consenso. Las elites políticas son explícita o implícitamente neoliberales (fuera de América Latina y China, al menos). Preocupadas por proteger primero y ante todo a los inversores, prácticamente todas ellas –incluidos los autoproclamados socialdemócratas– exigen «austeridad» y «reducción del déficit», a pesar de las amenazas que dichas políticas suponen para la economía, la sociedad y la naturaleza. Mientras tanto, la oposición popular no está unida en torno a una alternativa solidaria, a pesar de brotes intensos pero efímeros como Occupy y los indignados [en castellano en el original], cuyas protestas carecen en general de contenido programático. Los movimientos sociales progresistas son más longevos y están mejor institucionalizados, sin duda; pero adolecen de fragmentación y no se han unido en un proyecto coherente contra el neoliberalismo. Dicho esto, carecemos de un movimiento doble en el sentido dado por Polanyi³. El resultado, por lo tanto, es una desconexión curiosa. Mientras que la crisis actual parece seguir una lógica estructural polanyiana, basada en la dinámica de la mercantilización ficticia, no manifiesta una lógica política polanyiana, representada por el doble movimiento.

¿Qué deberíamos hacer con esta desconexión? ¿Cómo se puede explicar el carácter decididamente no polanyiano del paisaje político en el siglo XXI, y cómo deberíamos evaluar la actual constelación? ¿Por qué las elites políticas actuales no defienden proyectos reguladores destinados a salvar el sistema económico capitalista –por no hablar de la sociedad y la naturaleza– de los estragos de los mercados descontrolados? ¿Y por qué no se unen los movimientos sociales en torno a un proyecto contrahegemónico destinado a defender medios de vida amenazados, comunidades golpeadas y ecosistemas en peligro? ¿Nos enfrentamos a errores políticos, errores de liderazgo, defectos de análisis, errores de juicio? ¿Representa, por el contrario, la actual constelación de enfrentamientos políticos, en ciertos aspectos, un avance respecto al escenario

³ Michael Burawoy, «From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labour Studies», *Global Labour Journal*, vol. 1, núm. 2, 2010, pp. 301-313, ofrece un saludable correctivo al «polianismo» [en referencia al personaje de Pollyanna] de muchos polanyianos actuales.

planteado por Polanyi? ¿Refleja conocimientos adquiridos con esfuerzo que señalan fallos en la idea del movimiento doble? En este artículo propongo abordar estas cuestiones en dos fases. Primero, evaluaré algunas hipótesis muy citadas sobre por qué el actual paisaje político se desvía del análisis de Polanyi. Después plantearé una hipótesis alternativa, que desde mi punto de vista ilustra mejor nuestra situación. Esta hipótesis exige que revisemos la idea de movimiento doble planteada por Polanyi, de tal modo que aclare mejor las perspectivas de transformación social emancipadora en el siglo XXI.

¿Un fallo de liderazgo?

Empecemos, por lo tanto, preguntando por qué no hay doble movimiento en el siglo XXI. ¿Por qué, a pesar de las condiciones estructurales en apariencia favorables, no hay un proyecto contrahegemónico dirigido a proteger la sociedad y la naturaleza del neoliberalismo? ¿Por qué las clases políticas de nuestro tiempo ceden la creación de la política pública a los banqueros centrales, y por qué sus filas incluyen tan pocos keynesianos convencidos, y mucho menos socialistas, dispuestos a defender las alternativas solidarias? ¿Por qué no existe una amplia coalición de nuevos partidarios del *New Deal*: sindicalistas, desempleados y trabajadores precarios; feministas, ecologistas y antiimperialistas; socialdemócratas y socialistas demócratas? ¿Por qué ningún Frente Popular insiste en que los costes de la mercantilización ficticia no debería pagarlos la «sociedad» en sí, la naturaleza reducida a ser una cloaca, sino aquellos cuyo insaciable impulso de acumular capital precipitó la crisis? ¿Por qué las protestas creativas de los indignados y del movimiento Occupy no han encontrado una expresión política coherente, sostenida y capaz de plantear un reto creíble a los «malechores de la riqueza», como Franklin Roosevelt los habría llamado, y a los gobiernos que hacen lo que dichos malechores les ordenan?

Varias explicaciones se sugieren por sí mismas. La más sencilla atribuye la ausencia de un movimiento doble a los fallos de los líderes políticos. Esta hipótesis debe de haberse ocurrido a cualquiera que siguiese la campaña presidencial estadounidense. Para consternación de muchos, Barack Obama se mostró reacio o incapaz de articular una alternativa al descarado neoliberalismo de Romney y Ryan. En el debate presidencial televisado el 3 de octubre de 2012, por ejemplo, el moderador planteó al presidente una pregunta sencilla: ¿en qué difieren su punto de vista

sobre la función del Estado y el de Romney? Haría falta un psicoanalista para medir la profundidad total de la incapacidad del presidente para articular una respuesta, la indecisión expresada en su lenguaje corporal y en el tono de voz, y el carácter azorado de su respuesta:

Bien, definitivamente creo que hay diferencias. La primera función del Estado federal es la de ofrecer seguridad al pueblo estadounidense [...]. Pero también creo que el Estado tiene la capacidad –el gobierno federal tiene la capacidad– de ayudar a abrir oportunidades y crear escaleras de oportunidad, y de crear marcos en los que el pueblo estadounidense pueda prosperar [...], el genio de Estados Unidos es el sistema de libertad de empresa, y la libertad, y el hecho de que cada uno pueda crear un negocio cuando quiera [...] Pero, como entendía Abraham Lincoln, algunas cosas es mejor hacerlas juntos [...]. Porque queremos abrir estas puertas de oportunidad a todos los estadounidenses, porque si todos los estadounidenses tienen su oportunidad, todos estaremos mejor⁴.

Comparemos esto con el atrevido sarcasmo que Franklin Roosevelt hizo de sus adversarios, defensores fundamentalistas del mercado, en la campaña de 1936, en la que se presentó a la reelección; de nuevo, la transcripción no puede hacer justicia al discurso de Roosevelt: su sarcasmo lleno de seguridad y el evidente placer en burlarse de la clara mala fe de sus adversarios:

Permítanme advertirles a ustedes y a la nación contra la salida fácil que dice: «Por supuesto que creemos en esas cosas: creemos en la seguridad social, creemos que hay que crear puestos de trabajo para los desempleados, creemos que hay que salvar las viviendas. Que nos muramos si no creemos en todas estas cosas. Pero no nos gusta el modo de hacerlas del actual gobierno. Dádnoslas a nosotros. Las haremos todas, haremos más, las haremos mejor, y lo más importante de todo, hacerlas no le costará nada a nadie»⁵.

La comparación demuestra que la hipótesis del fallo de liderazgo es verdaderamente convincente. Un individuo carismático puede de hecho marcar una diferencia en el curso de la historia, y ciertamente las perspectivas de un doble movimiento en la actualidad mejorarían si la carga la liderase Franklin Delano Roosevelt, y no Obama. No obstante, esta idea no basta para explicar por qué no hay un doble movimiento en la actual coyuntura. Otra cosa sería que estuviésemos tratando de las flaquezas de un solo individuo. Pero Obama no es el único con puntos débiles. Es el

⁴ Véase el debate presidencial del 3 de octubre de 2012 en YouTube, de 1.09 a 1.10:35.

⁵ Véase «FDR: “Let me warn you [...]” (1936)», en YouTube.

patrón más extendido —el colapso general del keynesianismo entre las elites— el que debe explicarse. Enfrentados a la incapacidad de todo el estrato gobernante para intentar en serio impedir el descarrilamiento inminente, no podemos ceñirnos a hipótesis centradas en la psicología humana.

Trabajo y financiarización

Busquemos, en consecuencia, una explicación más profunda, relacionada con un cambio fundamental en el carácter del capitalismo desde la década de 1930. La cuestión aquí es el paso de un régimen de acumulación fordista, basado en la producción industrial, a uno posfordista, dominado por las finanzas. En el capitalismo fordista imperante en tiempos de Polanyi, el trabajo ocupaba un lugar fundamental, ya que su explotación constituía el principal motor de la acumulación de capital. Los trabajadores industriales poseían considerable influencia: la concentración facilitaba la organización y la amenaza de no acudir a trabajar era un arma potente. El trabajo organizado constituía la espina dorsal de un frente popular amplio, que dirigía los esfuerzos para regular el capitalismo y proteger la sociedad de los efectos desintegradores del *laissez-faire*⁶. Estructuralmente, por lo tanto, el capitalismo industrial generó una base electoral y política previa para el polo protector del doble movimiento.

La situación del capitalismo actual es fundamentalmente distinta. En la actual coyuntura, el capital prefiere, en la medida de lo posible, eludir el arriesgado negocio de la producción. Simplificando el circuito de la acumulación, los inversores encuentran beneficio en la compra y la venta de dinero y de nuevos productos financieros que mercantilizan el riesgo, evitando así la dependencia del trabajo, cuya función queda en todo caso más reducida aún por las nuevas tecnologías. Necesariamente, por lo tanto, el trabajo carece de la fuerza que tenía en la década de 1930. La fabricación se traslada a la semiperiferia, el número de afiliados sindicales se desploma, y el arma de la huelga pierde buena parte de su fuerza, al menos en el Norte globalizado. Igualmente importante, la división de clase entre trabajo y capital deja de parecer evidente en sí misma, al quedar ofuscada por la división aparentemente más destacada entre las filas decrecientes de quienes poseen empleo estable, por un lado, y los sometidos a una precariedad cada vez mayor por otro. En esta situación,

⁶ Beverly Silver, *Forces of Labor*, Cambridge, 2003 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo*, Madrid, 2005]; Göran Therborn, «Las clases en el siglo XXI», *NLR* 78, enero-febrero 2013, pp. 5-29.

el trabajo organizado no habla en nombre de la sociedad propiamente dicha. En opinión de algunos, defiende los privilegios de una minoría que disfruta de una módica seguridad social frente al número mucho mayor de quienes no disponen de ella.

Por razones estructurales, por lo tanto, el trabajo no puede aportar la espina dorsal al polo protector de un doble movimiento en el siglo XXI. Y no hay un sucesor obvio a la vista: el precariado, o la «multitud», tiene de su parte la fuerza de los números, pero su situación no conduce a la organización; y buena parte del mismo no posee nada que el capital necesite y de lo que pudiera privarlo. Tanto jóvenes como agricultores, consumidores, mujeres, la ya no tan «nueva» clase de los trabajadores simbólicos, que últimamente aparece disfrazada de *hackers* y piratas informáticos, han puesto a prueba su peso político y descubierto que les falta. Dicho esto, un capitalismo dominado por las finanzas plantea formidables obstáculos políticos a la dinámica política polanyiana. Por naturaleza, no genera ninguna fuerza social identificable y capaz de encabezar una contrahegemonía, y mucho menos unos «sepultureros» claros.

Esta hipótesis de cambio de la producción a las finanzas permite conocer en parte las condiciones que militan contra la aparición de un movimiento doble en la época actual. Pero no capta todo el espectro de posibilidades políticas. Por una parte, porque este enfoque olvida considerar las perspectivas de los trabajadores fuera del Norte globalizado. Y por otra, porque se centra en el sistema económico oficial, sin abordar el terreno más amplio de la *reproducción social*, que en la actualidad sirve de ámbito de oposición principal al neoliberalismo (véase en todo el mundo las batallas por la educación, la sanidad, la vivienda, el agua, la contaminación, los alimentos y la vida comunitaria). Por consiguiente, también la hipótesis de la financiarización se centra unilateralmente en las relaciones de clase como base exclusiva o principal de la lucha política, mientras que no considera las relaciones de estatus, que en la actualidad constituyen las principales bases de movilización (véase las políticas de reconocimiento, posiblemente los elementos generales dominantes en la protesta actual, que organizan enfrentamientos por cuestiones de género, sexualidad, religión, lengua, raza/etnia y nacionalidad). Por último, esta hipótesis olvida el aspecto discursivo de la política: los principios generales de las reivindicaciones que median entre estructura y agencia, los imaginarios sociales a través de los cuales los seres sociales experimentan, interpretan y evalúan las condiciones sociales.

Una crisis de delimitación

La tercera hipótesis se centra en otro cambio estructural que ha tenido lugar desde la década de 1930. Lo que ha cambiado, en este caso, es la escala en la que se experimenta la crisis y, por lo tanto, el marco a través del cual debe abordarse. Lo que está en juego, específicamente, es el cambio de un escenario de crisis propio del siglo xx, enmarcado en términos nacionales, que requería la acción de Estados territoriales, a un escenario del siglo xxi, que ha desestabilizado el marco nacional sin haber generado aún un sustituto verosímil⁷. En tiempos de Polanyi no hacía falta decir que el Estado territorial moderno era el principal ámbito y agente de la protección social. Los parámetros del proyecto protector del movimiento doble estaban, por lo tanto, claros: para gestionar su economía nacional, el Estado necesitaba movilizar el presupuesto nacional, lo cual a su vez exigía controlar la moneda nacional. Prácticamente lo primero que Franklin Roosevelt hizo al asumir el cargo en 1933 fue sacar a Estados Unidos del patrón oro. Esta fue la medida que posibilitó toda la gama de políticas y programas, incluida la Seguridad Social, que asociamos con el *New Deal*. Tras la Segunda Guerra Mundial, asimismo, tanto en Estados Unidos como en otras partes, el marco nacional siguió significando los principales parámetros de protección social: al definir como agente protector al Estado nacional; como objeto que debía gestionarse, a la economía nacional; como medio que debía emplearse, a la política nacional: fiscal, monetaria e industrial; y como círculo de titulares del derecho a la protección a los ciudadanos nacionales. Igualmente importante, la comunidad imaginada de la nación aportaba las actitudes y los valores solidarios que convertían la protección en un proyecto político viable, capaz de atraer un amplio respaldo⁸.

Hoy, sin embargo, el marco nacional ya no se da por sentado. Tras el naufragio de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos encabezó la

⁷ Respecto a la desestabilización del marco nacional, véase Nancy Fraser, «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR* 36, enero-febrero de 2006, pp. 31-50.

⁸ Por supuesto, este marco era también erróneo, porque excluía del círculo de titulares de la protección a aquellos no nacionales situados en la periferia a los que el mercado exponía a riesgos y cuyo trabajo ayudaba a financiar las prestaciones sociales en los países pertenecientes al núcleo capitalista. Respecto a este «marco erróneo», véase Nancy Fraser, «Marketization, Social Protection, Emancipation: Toward a Neo-Polanyian Conception of Capitalist Crisis», en Craig Calhoun y Georgi Derluguian (eds.), *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, Nueva York, 2011, pp. 137-158.

construcción de un sistema capitalista mundial basado en el marco de Bretton Woods, con el objetivo de combinar el libre comercio internacional y la reglamentación estatal en el ámbito nacional. Pero esa formación intermedia se vino abajo en pocos decenios. En la década de 1970, Estados Unidos empezaba a convertirse en una nación *rentista*, que al destruir el sistema de tipos de cambio fijos, invertir su capital en el extranjero e incurrir en una deuda soberana masiva, cedió el control de su moneda y debilitó su capacidad para manejar su economía. Otros países más débiles perdieron también la capacidad para fomentar el desarrollo, si alguna vez la habían tenido. Debido a una prolongada historia de sometimiento colonial, así como a la continuación, tras la independencia, de la depredación imperialista por otros medios, los Estados poscoloniales nunca disfrutaron de capacidades protectoras iguales a las de los países situados en el núcleo, una disparidad posteriormente exacerbada por las políticas neoliberales de ajuste estructural. A su vez, la construcción de Europa como una unión económica y monetaria, sin la correspondiente integración política y fiscal, inhabilitó las capacidades protectoras de los países miembros sin crear equivalentes más amplios, a escala europea, que asumiesen esas competencias. Hoy, las pruebas nos rodean: Grecia está reducida a un protectorado; España, Portugal e Irlanda están gobernados desde Bruselas, y los bancos centrales establecen los límites de la política interior incluso en Alemania y Francia. El resultado es que el proyecto de protección social ya no puede preverse en el marco nacional. Sin alternativa en el horizonte que lo sustituya, el proyecto parece perder credibilidad. En consecuencia, carecemos de otro presupuesto crucial del doble movimiento.

La hipótesis del «marco» ayuda verdaderamente a comprender la dificultad de establecer un contrapeso a la hegemonía del neoliberalismo en el siglo XXI. Arroja luz sobre la debilidad de los movimientos nacionales que defienden la protección social y que se dan principalmente en formas contrahistóricas y retrógradas como el *lepenismo* en Francia o Aurora Dorada en Grecia. Pero no explica la debilidad de alternativas transnacionales más amplias. ¿Por qué no hay un movimiento paneuropeo contra la austeridad? Si los capitalistas se han organizado globalmente para ampliar el alcance de los mercados y liberarlos de los controles nacionales, ¿por qué los partidarios de la protección social no han organizado un contramovimiento de escala comparable? En resumen, ninguna de las hipótesis aquí consideradas es plenamente satisfactoria. Y tampoco bastaría una combinación simple de las tres:

incluso aunque consiguiésemos articular psicología, financiarización y globalización, seguiríamos siendo incapaces de captar las dinámicas específicamente *políticas* que han hecho descarrilar el supuesto de Polanyi. Todavía tendríamos que preguntarnos ¿por qué la «sociedad» no se organiza políticamente para protegerse de la «economía»? ¿Por qué no hay un doble movimiento en el siglo XXI?

Emancipación: la que faltaba

Siempre que una cuestión resiste tercamente una investigación prolongada, vale la pena considerar si se ha planteado de manera equivocada. Cuando preguntamos por qué no se da un movimiento doble en el siglo XXI, repetimos un gesto contrafáctico familiar, como en ¿por qué no hubo revoluciones socialistas en los Estados industriales avanzados del núcleo capitalista? El problema a este respecto está claro: centrándonos en lo que falta, olvidamos lo que está presente. Supongamos, sin embargo, que reformulamos nuestra pregunta de manera más abierta, examinando los principios básicos de las luchas sociales realmente existentes en las décadas transcurridas desde la publicación de *La gran transformación*.

Con este fin, consideremos la enorme gama de luchas sociales que no encuentran lugar alguno en el esquema del movimiento doble. Me refiero a la extraordinaria gama de movimientos de emancipación que irrumpieron en escena en la década de 1960 y se extendieron con rapidez por todo el mundo en los años siguientes: antirracismo, antiimperialismo, pacifismo, Nueva Izquierda, feminismo de segunda generación, liberación de LGBT, multiculturalismo, etcétera. Centrados más a menudo en el reconocimiento que en la redistribución, estos movimientos eran muy críticos con las formas de protección social institucionalizadas en los Estados del bienestar y desarrollistas de posguerra. Observando con detenimiento las normas culturales codificadas en las dotaciones sociales, sacaron a la luz jerarquías y exclusiones sociales injustas. Por ejemplo, la Nueva Izquierda puso de manifiesto el carácter opresivo de las protecciones sociales burocráticamente organizadas, que privaban de independencia a sus beneficiarios, convirtiendo a los ciudadanos en clientes. Los activistas antiimperialistas y pacifistas criticaron el marco nacional de las protecciones sociales del Primer Mundo, financiadas sobre los hombros de pueblos coloniales a los que excluían; de ese modo, revelaron la injusticia de protecciones «mal enmarcadas», en las que la escala de la exposición al peligro –a menudo transnacional– no coincidía

con la escala en la que se organizaba la protección, típicamente nacional. Las feministas, por su parte, revelaron el carácter opresivo de protecciones basadas en el «salario de familia» y en visiones androcéntricas del «trabajo» y la «contribución», demostrando que lo que se protegía no era tanto la «sociedad» *per se* como la dominación masculina. Los activistas LGBT desenmascararon el carácter injusto de una atención pública basada en definiciones restrictivas, heteronormativas, de la familia. Los activistas por los derechos de los discapacitados pusieron de manifiesto el carácter excluyente de los entornos edificados que codificaban visiones de movilidad y capacidad propias de no discapacitados. Los multiculturalistas revelaron el carácter opresivo de protecciones sociales basadas en autoreconocimientos religiosos o etnoculturales mayoritarios que penalizaban a los miembros de grupos minoritarios, etcétera.

En todos los casos, cada movimiento criticaba un aspecto de la «sustancia ética» –*Sittlichkeit*– que componía la protección social. En el proceso, despojaron para siempre al término «protección» de su inocencia. Conscientes de que un salario podía servir como recurso contra la dominación basada en el estatus, estos movimientos desconfiaban por naturaleza de quienes idealizaban la protección y demonizaban los mercados. Al exigir acceso, y no protección, su principal objetivo no era defender la «sociedad», sino superar la dominación. No obstante, los movimientos de emancipación no defendían el liberalismo económico. Aunque se apartaron de la «sociedad», no por ello se convirtieron en partidarios de la «economía». Conscientes de que la mercantilización a menudo servía más para cambiar la función de la dominación que para eliminarla, eran también instintivamente escépticos respecto a aquellos que vendían el mercado «autorregulado» como una panacea. Desconfiando de los intentos de totalizar la mercantilización, no reivindicaron la libertad de contrato como un fin en sí mismo, sino, por el contrario, como medio de emancipación, concebida en sentido amplio.

En general, por lo tanto, los movimientos sociales de posguerra no encajan en ninguno de los lados del movimiento doble. Al no defender ni la mercantilización ni la protección social, abrazaron otro movimiento político, que denominaré emancipación. Oculto por el modelo de Polanyi, este proyecto debe recibir un lugar central en nuestros esfuerzos por aclarar los principios generales de la lucha social en el siglo XXI. Yo propongo, en consecuencia, analizar la actual constelación por medio de una figura distinta, que denomino el *triple movimiento*. Como

la figura de Polanyi, el triple movimiento sirve de mecanismo analítico para determinar los principios generales de la lucha social en la sociedad capitalista. Pero a diferencia del doble movimiento, delinea un conflicto a tres bandas entre partidarios de la mercantilización, defensores de la protección social y partidarios de la emancipación. El objetivo no es simplemente una mayor inclusividad, sin embargo. Se trata, por el contrario, de captar las relaciones cambiantes entre estos tres conjuntos de fuerzas políticas, cuyos proyectos se entrecruzan y colisionan entre sí. El triple movimiento pone de manifiesto el hecho de que cada polo puede aliarse, en principio, con cualquiera de los otros dos, en contra del tercero.

Ambivalencia política

Hablar de un triple movimiento es plantear que cada uno de los tres polos que lo constituyen es inherentemente ambivalente. Podemos ver ya, *contra* Polanyi, que la protección social es a menudo ambigua, ofreciendo alivio contra los efectos desintegradores de los mercados *sobre* las comunidades, al tiempo que simultáneamente afianza la dominación *dentro* y *entre* ellas. Pero lo mismo puede decirse de los otros dos términos. La mercantilización puede, de hecho, tener los efectos negativos resaltados por Polanyi. Pero, como comprendió Marx, puede también engendrar efectos positivos, en la medida en que las protecciones que desintegra son opresivas, como, por ejemplo, cuando se introducen mercados de bienes de consumo en economías dirigidas, burocráticamente administradas, o cuando se abren mercados de trabajo a quienes han sido excluidos de ellos sin quererlo. Y la emancipación tampoco es, y esto es importante, inmune a la ambivalencia, porque no solo produce liberación, sino también tensiones en el tejido de solidaridades existente. Incluso cuando supera la dominación, la emancipación puede ayudar a disolver la base ética solidaria de la protección social, abriendo así el camino a la mercantilización.

Visto de este modo, cada término tiene un *telos* propio y una potencial ambivalencia al interactuar con los otros dos. *Contra* Polanyi, por lo tanto, el conflicto entre mercantilización y protección social no puede entenderse como algo aislado de la emancipación. Igualmente, sin embargo, posteriores conflictos entre protección y emancipación no pueden entenderse como algo aislado de la fuerza mediadora de la neoliberalización. Podemos en consecuencia efectuar una crítica paralela a los movimientos de emancipación. Si Polanyi olvidó el impacto de las luchas por la emancipación sobre los conflictos entre mercantilización

y protección social, estos movimientos han descuidado a menudo el impacto de los proyectos de mercantilización sobre sus enfrentamientos con las fuerzas proteccionistas.

Hemos visto que los movimientos emancipadores se opusieron a las protecciones opresoras después de la Segunda Guerra Mundial. En todos los casos, el movimiento reveló un tipo de dominación y reivindicó la emancipación. Sin embargo, estas reivindicaciones eran también ambivalentes: podían en principio alinearse con la mercantilización o con la protección social. En el primer caso, en el que la emancipación se alineaba con la mercantilización, no solo servía para erosionar la dimensión opresiva, sino también la base solidaria de la protección social en sí misma. En el segundo caso, en el que la emancipación se alineaba con la protección social, no erosionaba el mensaje ético en el que se basaba la protección social, sino que lo transformaba.

De hecho, todos aquellos movimientos abarcaban tanto tendencias proteccionistas como mercantilizadoras. En cada caso, las corrientes liberales gravitaban hacia la mercantilización mientras que las socialistas y socialdemócratas tenían más probabilidades de alinearse con fuerzas defensoras de la protección social. Se podría decir, sin embargo, que la ambivalencia de la emancipación se ha resuelto en años recientes a favor de la mercantilización. Insuficientemente familiarizadas con el ascenso de las fuerzas del libre mercado, las corrientes hegemónicas de la lucha emancipadora han creado unas «amistades peligrosas» con el neoliberalismo, aportando una parte del «nuevo espíritu» o de la base carismática a una nueva forma de acumulación de capital, calificada de «flexible», «respetuosa con la diferencia», «que fomenta la creatividad desde abajo»⁹. Como resultado, la crítica emancipadora a la protección opresiva ha convergido con la crítica neoliberal a la protección en sí misma. En la zona de conflicto del triple movimiento, la emancipación ha unido fuerzas con la mercantilización para defenderse de la protección social.

⁹ Respecto a las amistades peligrosa entre feminismo y neoliberalismo, véase Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History» y «Feminist Ambivalence and Capitalist Crisis», ambos en Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism*, Londres y Nueva York, 2013 [de próxima publicación por el Instituto de Altos Estudios del Estado-IAEN, Quito, 2014].

Aquí, por fin, empezamos a reconocer el estado real del juego político en el siglo XXI. En la actual alineación, el sector neoliberal, envalentonado, aprovecha la fuerza que le proporciona el carisma prestado por los movimientos emancipadores. Disfrazándose de insurrección, adopta los acentos de la emancipación para acusar a la protección social de encadenar la libertad. Mientras tanto, la desacreditada parte proteccionista lucha por librarse de la mancha de la dominación, puesta de manifiesto por los movimientos emancipadores. Desmoralizada, a la defensiva y carente de convicción, no genera ningún tipo de seducción, ningún sueño contrahegemónico capaz de galvanizar la oposición al neoliberalismo. Por último, la parte de la emancipación se encuentra en un estrecho precipicio. Oscilando entre los otros dos polos, sus corrientes dominantes cruzan repetidamente la línea que separa las críticas válidas a la protección opresiva y las reivindicaciones legítimas de acceso al mercado de trabajo, por un lado, de la aceptación ciega de un individualismo meritocrático y un consumismo privatizado, por otro.

Replantear la política de la crisis

Al aclarar esta constelación, el triple movimiento resalta los retos específicamente políticos a los que se enfrentan los esfuerzos por establecer un proyecto contra la hegemonía del neoliberalismo. Al analizar el campo de las luchas realmente existentes, permite enfocar los principios generales del planteamiento de reivindicaciones y de los imaginarios sociales que median en las respuestas de los actores políticos a su situación. Este enfoque político no invalida las tres hipótesis antes consideradas, sino que las enriquece y complementa. Ante todo, aclara los procesos que han desmoralizado a las elites socialdemócratas, dotado al neoliberalismo del carisma que ha permitido su hegemonía, y debilitado y dispersado a las fuerzas de la emancipación. Igualmente importante, el triple movimiento sugiere una evaluación pospolanyiana del actual estado de la lucha política. Por la sencilla razón de que da a entender que no deberíamos llorar la ausencia de un movimiento doble. Por mucho que complique la lucha contra el neoliberalismo, el ascenso de la emancipación representa un avance. No hay vuelta a las interpretaciones jerárquicas, excluyentes y comunitarias de la protección social, cuya inocencia ha quedado destruida para siempre, y con razón. A partir de ahora, no puede existir la protección sin emancipación.

Al mismo tiempo, el triple movimiento sugiere la necesidad de complicar el proyecto de emancipación. Al revelar la ambivalencia de esta última, dicho análisis da a entender que la emancipación no es el nombre único, absolutamente incluyente, para todo lo bueno. Todo depende, por el contrario, de qué forma el impulso de superar la dominación es conformado por un encuentro histórico con otros proyectos entrecruzados, sobre todo, la mercantilización y la protección social. Un proyecto emancipador marcado por la fe ingenua en el contrato, la meritocracia y el avance individual será fácil de desviar hacia otros fines, como ocurre en la actualidad. Sin embargo, el proyecto emancipador unido al rechazo total de los mercados entrega de hecho a los defensores del libre mercado ideales liberales indispensables, al tiempo que abandona a millones de personas de todo el mundo que entienden con razón que hay algo peor que ser explotado: a saber, que no le consideren a uno digno de serlo. En general, por lo tanto, no hay emancipación sin alguna manera de síntesis entre mercantilización y protección social.

Por último, el triple movimiento nos sugiere un proyecto político a aquellos que seguimos defendiendo la emancipación. Deberíamos romper nuestra relación peligrosa con el neoliberalismo y forjar una nueva alianza de principios con la protección social. Realineando de ese modo los polos del triple movimiento podríamos integrar nuestro perdurable interés por la no dominación con el interés igualmente válido por la solidaridad y la seguridad social. Al mismo tiempo, podríamos rescatar el indispensable interés por la libertad negativa de los usos neoliberales a los que ha sido aplicada. Asumiendo una interpretación más amplia de la justicia social, dicho proyecto serviría de inmediato para honrar las ideas de Polanyi y remediar sus puntos ciegos.